

MIS MAESTROS

POR: HÉCTOR GARCÍA COBO

Antes que nada debo agradecer a los miembros de la Academia de Artes la distinción, que me llena de orgullo, de haberme elegido para formar parte de este cuerpo colegiado.

Doble orgullo hoy se merece y honra ocupar, de alguna manera hay que decirlo, el sitio de mi maestro Álvarez Bravo. Maestro de maestros, don Manuel trazó una línea en la fotografía mexicana que otros, muchos de nosotros, cruzamos o seguimos de acuerdo a nuestro libre entender.

¿Qué es la fotografía? ¿Qué es ser fotógrafo? Las respuestas a las necias preguntas han cambiado a lo largo de la corta historia de este arte, de este medio, que en buena medida revolucionó y transformó la manera de ver, percibir y hacer las cosas de los últimos dos siglos, por no hablar del futuro que no sabemos a dónde nos conducirá.

Para mí, el tema fotográfico fue muy claro desde el principio. No he sido un hombre de ideas preconcebidas; mi vida es y ha sido la del cambiante trabajo diario casi desde el día que nací, pero con mi intuición descubrí que tenía que aprender de mis Maestros y aprender de la realidad.

Mi contexto social ha sido el mismo que el de la película de *Los Olvidados*; lo he repetido a los que quieren escucharme, pero con los años también he aprendido que la diosa fortuna me reservó un final inesperado en mi película persona e hizo que no acabara en un tiradero de basura, como el personaje de Buñuel.

Para que mi vida no tuviera tintes trágicos mucho tuvieron que ver mis Maestros. Ya he mencionado a don Manuel, pero no fue el único. A lo largo de mi vida, me precio de haber tenido grandes mentores y, además, de haber sido un buen alumno.

Debo recordar en primerísimo lugar a alguien que no tuvo que ver con mi oficio, pero que me dio y me permitió tener mi primera herramienta de trabajo: el doctor Gilberto Bolaños Cacho de la Correccional para Varones. Tuve una educación principesca. Supe de las mañas, de los artificios para cometer una y mil pillerías directamente de esplendidos maestros, niños y jóvenes, expertos en toda clase de hurtos y medios de sobrevivencia en una sociedad inequitativa y explotadora; pero además supe de la ternura, la persistencia, el cariño y la sabiduría de los doctores, maestros y trabajadores sociales... Pero sobre todo, recuerdo la figura y el tacto del maestro Ángel Sala que lo mismo nos daba clases de esgrima, que nos enseñaba a pulsar la cuerdas del violín y a conocer la música de Bach, los poemas de Rilke y las indignaciones y la fuerza de Tolstoi; de tal manera que extraño esa alma mater que fue para mí la correccional.

A los años de internamiento, el doctor Bolaños me tomó aprecio y me convidó a acompañarlo a pescar a las lagunas de Zempoala cerca de la ciudad de México. Allí, recibí mi primera cámara fotográfica.

En todas partes donde me paré, procuré estar a la sombra de gente que me pudiese ayudar, que fuese un ejemplo para mí. Esa fue la parte que yo puse, ser siempre dúctil, que siempre tuve esa actitud de aprender. Urgido por la necesidad, emigré en los años de la Segunda Guerra Mundial a los Estados Unidos y allí hice mis primeros intentos en el oficio de la lente.

De regreso en México en 1945, y con la recomendación del doctor Bolaños Cacho, entré a trabajar como barrendero-mensajero en la revista *Celuloide*, dirigida por Edmundo Valadés; allí conocí a importantes escritores de las letras mexicanas como Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, José Revueltas y Efraín Huerta.

Don Edmundo Valadés me despojó de la escoba y me encaminó a estudiar en el Instituto Cinematográfico Mexicano, donde conocí a los fotógrafos Manuel Álvarez Bravo y Gabriel Figueroa. Todos son mis Maestros. Me lleno la boca recordándolos.

Viajero y aventurero, con la vocación definida y con todas las posibilidades de llevar a cabo el trabajo que más me gustaba, me encontré rodeado de grandes nombres y personajes que propiciaron que en mi vida acertara de alguna forma. Insaciable con el disparador –me gusta decir a la manera de Francisco Villa que primero disparo y luego averiguo– convertido en un auténtico tirafotos, hice crecer el archivo que rebosa de imágenes y que se acumulan con el trabajo diario; decidí fundirlo en el medio que mejor conocí y aprecio: la prensa. Aquí di en el blanco.

Mi trabajo en la prensa de México tuvo como peculiaridad el que fue acompañada de textos, redactados por los entonces noveles periodistas Julio Scherer, Des Champs y Manuel Becerra Acosta, de tono burlón, irónico y en general de chacoteo. Otra vez me rindo ante mis mentores: Siqueiros, Rivera, Orozco, mi amigo Gironella entre los pintores; Benítez, Novo, Monsiváis y Elenita del gremio de escritores; todos a su manera fueron maestros en mi vida. Yo, que vine al mundo despojado de todo, aprendí con todos ellos a escribir con luz.

POR: HÉCTOR GARCÍA COBO

23 de Agosto de 2005